

CUENTO N° 150

TÍTULO: UNA VENTANA ABIERTA

SEUDÓNIMO: SEGISMUNDO FRÍAS

AUTOR: JOSÉ RAFAEL WURGAFT BARR

UNA VENTANA ABIERTA

Tontita, pero aprovechó la ocasión. Se subió al alféizar, pasó sus piernas y después, inclinándose, el resto del cuerpo y la cabeza. Desde el techo del altillo saltó al pasto y corrió a esconderse bajo el arbusto tupido en la mitad del jardín.

Llevaba mucho tiempo prisionera en ese lugar. Si cerraba los ojos podía imaginarse los dormitorios, los salones, los pasillos, los patios, cada uno de sus recovecos. Pero el jardín donde estaba ahora no lo conocía. Quedaba en el sector oeste, al otro lado del patio del jacarandá, clausurado con una verja de hierro que el vigilante abría exclusivamente al Director, a los doctores y a las cuidadoras de azul.

Esa mañana la verja se abrió para ella. Muy temprano, la cuidadora encargada de su sección le trajo una falda floreada, una blusa y unas medias nuevas de algodón. Ponte esto - le dijo - y colgó en el ropero el uniforme gris de las reclusas.

Era por sus dibujos a tinta y sus pinturas.

Al comienzo, cuando recién la llevaron, había tenido fuerza para rebelarse. Gritaba, lloraba sin parar, exigía que le devolvieran su niñita. Su sufrimiento estaba en carne viva, pero fue perdiendo la esperanza y finalmente se calmó. Con el tiempo pareció adaptarse y aceptó el papel, la tinta y los pinceles para pintar sus pesadillas, toda la furia que tenía adentro. De adentro le vino también el talento creador.

Después dibujó a las mujeres que compartían con ella, los árboles que bordeaban el patio, el edificio.

El Director presentó a un Jurado las obras de las internas y la opinión fue unánime: le correspondía el primer premio que le sería entregado nada menos que por el Gobernador. Todos estaban orgullosos y la felicitaron pero ella permaneció muy seria y los miró con desprecio.

Ya en el salón sintió la necesidad intensa de orinar, justo cuando avisaban la llegada del Gobernador y su comitiva. Nerviosos le indicaron el baño en la oficina del Director y, al salir, notó la ventana abierta por donde escapó.

Desde el arbusto miró a su alrededor y comprendió que no había vigilancia. El muro no era alto como los de los patios de las internas y lo pudo cruzar de un salto asiéndose del borde con ambas manos. Al otro lado, la calle, la gente, los autos, la libertad.

Sabía muy bien qué quería, lo único que le interesaba era recuperar a su niña y pensó que ahora tenía la oportunidad de lograrlo. Eso le dio fuerzas para correr muy rápido, llegar al puente, descolgarse hasta el río y permanecer oculta entre los cañaverales.

Ahora sí estaba en territorio conocido. Entre cañaverales como estos, en ese mismo río algunos kilómetros más abajo, en las afueras de su pueblo, había construido el Oscar el nidito donde se encontraban para hacer cositas. El Oscar la

quería y la trataba bien, le regalaba huevitos de campo y guindas silvestres y una vez llegó con una medallita de la Virgen que encontró en la plaza. La quería mucho, pero cuando una tarde le notó la barriguita ya nunca más la vino a buscar y de él nunca más supo.

Su mamá y su papá no conocían a Oscar ni sabían de sus encuentros. También por la barriguita le preguntaban quién había sido, dónde y cuándo. Aunque le pegaban y la remecían, aunque le gritaban que era mala y tonta, ella no les contó, era su secreto.

Reanudó la carrera por el sendero al borde del río, abierto entre los cañaverales. Quería llegar a la casa. Ellos tendrían a su niña o sabrían dónde estaba. Necesitaba verla, tocarla para poner fin a sus pesadillas.

Después de que habían regresado del hospital con la niña, la mamá y el papá seguían preguntando muy enojados. La miraban con esos fríos ojos sin darle un minuto de respiro, ella con tantos dolores y la niña tan chiquita. Se aferraba a sus pechos pequeños pero no lograba más que unas gotitas de leche. Lloraba, su llanto era como el maullar de un gato.

“Qué calles esos maullidos” – gritaba el papá. “Qué no me dejan dormir” – gritaba la mamá.

En sus pesadillas tomaba a la niña y la acunaba, la niña no paraba de llorar. “Que calle”, gritaba el papá. “Que no me deja dormir”, gritaba la mamá. Ella apretaba la

cabecita contra su pecho y la sostenía firme, para que callara, para que no sufriera, para no ver los ojos fríos, para terminar con todo.

El silencio era lo peor de la pesadilla. Y el color lívido de la pequeña exangüe.

Llegó frente a la casa y golpeó la puerta con ambas manos. “Devuélvanme a mi niña”, pero nadie abrió, nadie la habitaba desde hacía tantos años, desde que la mamá y el papá se habían ido para siempre.

Del auto de la policía bajó la cuidadora encargada de su sección. “Vamos Rosalía”, le dijo, “volvamos al hogar. Todos te están esperando”.

////////////////////////////////////